

ALFAGUARA



Hilma Wolitzer

Un hombre disponible

Traducción de Mariano Peyrou

1. De debajo de las piedras

Edward Schuyler estaba planchando en el salón la camisa Oxford más vieja que tenía, un sábado por la tarde, cuando sonó el teléfono por primera vez. Había empezado a planchar hacía unos meses, poco después de la muerte de Bee, su mujer, que había ocurrido al principio del verano, cuando ya no había clases y él no podía concentrarse en nada que no fuera su dolor y su añoranza. Al principio, solo planchó algunas cosas de ella que había encontrado en una cesta de ropa limpia en el cuarto de la lavadora. Había pensado que aquella era una buena forma de reconectar con su mujer ahora que se había ido tan irrevocablemente que ni siquiera podía soñar con ella a voluntad.

Y en efecto ella volvía en una ráfaga de recuerdos desordenados cuando él estaba junto a la tabla de planchar. El problema era que Edward no tenía ningún control sobre lo que recordaba; a veces la veía cuando se conocieron, o años después, al otro lado de la habitación, sentada en su sillón estampado de flores, hablando por teléfono y masajeando el vientre del perro con el pie descalzo —Bee lo llamaba «multitarea»—, o en sus últimos días, cuando hacía unas pausas tan largas al respirar que él mismo se descubría conteniendo el aliento hasta que ella empezaba de nuevo.

En cualquier caso, este *collage* azaroso de la vida que habían compartido resultaba mejor que nada, y era extrañamente reconfortante quitar las arrugas a sus blusas, restaurar sus hundidas pecheras y mangas y colgarlas en el armario, donde tenían un aspecto ordenado y expectante.

Y le gustaba el susurro del vapor en la casa silenciosa y el vigorizante olor de la tela quemada.

Dejó la plancha sobre su base y con Bingo, el anciano perro, pisándole los talones fue a la cocina para coger el teléfono. Sin las gafas de leer, que no aparecían por ninguna parte, Edward no pudo distinguir desde qué número estaban llamando. Pero cuando contestó, no hubo respuesta, y supuso que oiría uno de esos mensajes grabados de alguien que se presentaba a algún cargo público. A fin de cuentas, era finales de octubre. La mitad del correo que recibía en esa época consistía en folletos de propaganda política; la otra mitad se componía de facturas y mensajes de condolencia atrasados. Estaba a punto de colgar cuando oyó la voz de una mujer que decía:

—¿Ed? ¿Eres tú?

Nadie que conociera lo llamaba Ed, ni Eddie. A veces, algún vendedor telefónico intentaba crear una intimidad inmediata de ese modo, pero él no era un hombre que invitara a usar mote con facilidad. Incluso Bee, que lo conocía mejor que nadie y que lo amaba, siempre lo había llamado Edward. Los dos hijos de ella, que ya eran mayores, todavía empleaban con él los nombres que habían usado en la infancia: Nick lo llamaba «Schuyler» o «profesor» y Julie, «papi». La novia de Nick, Amanda, le decía «papá», con cierta vergüenza, y reservaba el título de «papi» para su propio padre.

—Soy Edward, sí —contestó—. ¿Quién es?

Entonces la mujer dijo:

—No me conoces, Ed, pero tenemos una buena amiga común.

Él no dijo nada y ella continuó:

—Me llamo Dorothy Clark. Puedes llamarme Dodie. Joy Feldman y yo íbamos juntas al colegio.

Edward trató de imaginarse a la dulce y voluminosa Joy en su época escolar, pero lo único que le vino a la cabeza fue la cazuela de sorpresa de atún que ella le había

metido a escondidas en el congelador justo después del funeral, y que unos días más tarde él había encontrado un pelo en el centro, al descongelarla. ¡Ah, esa era la sorpresa!, habría dicho Bee. Tuvo la heladora premonición de que aquella mujer iba a tratar de venderle algo relacionado con la muerte, como una tumba con cuidados perpetuos, o a pedirle un donativo para algún oscuro acto de caridad en memoria de Bee.

Pero la voz de ella pareció volverse un poco más sentida por la emoción cuando le dijo, en respuesta a su silencio:

—Tú y yo estamos en el mismo barco, Ed. Quiero decir que yo también he enviudado hace poco, y a Joy se le ocurrió... bueno, que probablemente tendríamos que conocernos.

Se preguntó por qué a Joy se le habría ocurrido algo semejante, y entonces lo entendió, con una mezcla de asco y diversión no muy distinta de lo que había sentido al descubrir el pelo en la cazuela.

—Ya veo —dijo Edward—. Es muy amable por su parte, pero me temo que Joy se ha equivocado. La verdad es que no estoy buscando... nuevos amigos en este momento.

Unos cuantos carboneros se posaron junto al comedero de los pájaros, del lado exterior de la ventana, y empezaron a picotear.

—Ah, desde luego —dijo Dorothy Clark con un tono más alegre—. Cada uno tiene su propio ritmo para el duelo. Pero cuando estés listo, ¿por qué no me llamas? Vivo en Tenafly, somos prácticamente vecinos. Te voy a dar mi número.

La irrupción de un arrendajo originó un alboroto en el comedero de los pájaros, y tanto el alpiste como los carboneros salieron volando en todas direcciones.

—De acuerdo —dijo Edward resignada, educadamente. También era educado con los vendedores telefóni-

cos, incluso con aquellos que se tomaban libertades con su nombre.

Sin embargo, ella sospechaba:

—¿Tienes un lápiz? —le preguntó.

Si tuviera un lápiz, podría haber anotado que había visto a unos carboneros y un arrendajo en su cuaderno de campo, que tan abandonado tenía; o podría haber dado unos golpecitos en la ventana para interrumpir la pelea. Pero dijo:

—Claro, dime.

Entonces ella le dictó el número lentamente, dos veces. Por lo menos no le pidió que se lo leyera a ver si lo había apuntado bien.

Volvió al salón, pero el deslizamiento de la plancha sobre el campo raído y azul de su camisa ya no le servía de consuelo. Su soledad había sido perturbada, y quería devolverla a su estado anterior.

Una noche, ya cerca del final, estaba leyendo en la cama, al lado de Bee, con la mano libre apoyada ligeramente en el brazo de ella, que parecía dormida. Entonces abrió los ojos vidriosos y dijo:

—Mírate. Van a salir de debajo de las piedras.

—¿Quiénes, cariño? —preguntó él, pero ella cerró los ojos y no le contestó.

Había dicho muchas cosas raras durante los últimos días y noches.

—Ay, ¿qué voy a hacer sin ti? —había gritado una vez, como si fuera él quien se estuviera muriendo y dejándola sola. Y había tenido alucinaciones, que eran efecto de la medicación, en las que aparecían niños pequeños al pie de la cama y ratones correteando en la bañera. A lo mejor había otras alimañas que salían de debajo de las piedras, en medio de sus sueños febriles.

Hasta la segunda llamada telefónica, unos días después de la de Dorothy Clark, no comprendió lo que Bee le había querido decir. Esta vez la mujer que llamó se

presentó como Madge Miller, un nombre que a él le resultó vagamente familiar. Ella y Bee habían coincidido en el mismo grupo de lectura hacía algún tiempo, y se había enterado de la mala noticia a través de unos amigos comunes. Solo llamaba para darle el pésame, dijo; qué desgracia, una mujer tan hermosa y alegre en la flor de la vida. Y a lo mejor a él le venía bien algo de compañía pronto, para almorzar o para tomar una copa.

Poco después, aquella misma tarde, Edward fue a la cocina y estuvo rebuscando en lo que uno de los niños, en la infancia, había apodado con mucho acierto «el cajón loco». Entre las pilas sueltas y los cordones de zapato de repuesto, los cupones caducados del súper y las llaves que no abrían ninguna puerta conocida, encontró la cadena que durante una breve etapa había sostenido las gafas de Bee convenientemente colgadas de su cuello, hasta que un día se había visto de reajo en el espejo y había declarado que prefería quedarse ciega.

Edward deshizo los nudos de la cadena y sujetó sus gafas con ella, evitando con mucho cuidado su reflejo, que se imaginó que guardaría una desafortunada semejanza con su maestra de tercer curso, la señorita Du Pont. Sus propios estudiantes se lo pasarían en grande. Pero no, solo usaría la cadena en casa, donde a menudo no encontraba las gafas, y por lo menos estaría preparado para detectar cualquier futura llamada de gente desconocida.

2. La época de soltero

Durante una etapa muy larga, después de una aventura desastrosa, Edward creyó que no se casaría nunca. Había salido con muchas mujeres pero, al igual que su padre, solo se había enamorado —de un modo que tenía pinta de ser fatal y definitivo— de una de ellas. Se llamaba Laurel Ann Arquette, y daba clases de francés muy cerca de su laboratorio de Fenton Day, un colegio privado del Upper West Side de Manhattan donde él trabajaba. Otro profesor los había presentado a la hora del almuerzo el primer día de Laurel.

Él se levantó y dijo:

—Hola, y bienvenida a la perdición.

La cuchara con la que Edward había estado removiendo el café hizo un sonido metálico al chocar contra el suelo, provocando la risa de ella, una campana que le retumbó desde lo alto de la cabeza hasta la boca del estómago. El abundante cabello de Laurel era prematuramente blanco, plateado, en realidad, y su rostro tenía forma de corazón. Era esbelta como una colegiala, y se la podría haber confundido con una de no ser por aquel pelo y su expresión de persona con experiencia.

—Edward —dijo ella a su vez, como si estuviera bautizándolo o ungiéndolo, y dejó que su mano fuera engullida por la de él.

Eso había sido en 1974. Ambos tenían veintitantos años y cada día que pasaban en el colegio era una lucha agónica contra el reloj hasta que podían encontrarse en el apartamento de él, en el barrio de Hell's Kitchen, y hacer el amor de una manera salvaje y agotadora. Sin embar-

go, en Fenton eran muy prudentes, y se sentaban discretamente separados en la sala de profesores, sin siquiera tocarse por casualidad en los pasillos y resistiendo la tentación de intercambiar miradas llenas de significado.

Pero todo el mundo, desde los hiperestimulados estudiantes hasta las cocineras, lo sabía, de uno u otro modo. Una mañana Laurel confiscó una notita que se estaban pasando dos chicos de séptimo durante una clase: «¿El doctor S. couche avec Mademoiselle A.?». *Oui!* Sí, así era, y todas las veces que podía, y de buena gana habría llevado un cartel que anunciara la pasión que sentía por ella. Ni siquiera hacer pedazos aquella estúpida nota y fruncir el ceño con severidad ante aquellos chicos que no podían contener las risitas tras saltarse las normas sirvió para apaciguar la excitación que sentía.

Pero una vez que Edward y Laurel anunciaron su compromiso, justo después de las segundas vacaciones de primavera que vivían juntos, pasaron a ser, para los alumnos, tan aburridos como sus propios padres, y un poco menos interesantes para todos los demás. Aun así, los dos estaban absortos con su nuevo estatus y comenzaron a hacer planes para la boda. Él tenía la esperanza de organizar algo sencillo, pero Laurel quería el espectáculo completo, en un acto de desafío casi inconsciente hacia sus padres divorciados, que se habían fugado a Maryland cuando Laurel ya estaba en camino.

Edward pensó que ella confundía la suntuosidad de la fiesta con el éxito del matrimonio, pero de todos modos la apoyó. Su prometida había tenido una infancia desgraciada, pasando una y otra vez de su madre deprimida a su padre enfadado como una granada de mano que podría estallar en cualquier momento. En una ocasión, le contó a Edward, sus padres tuvieron una pelea en la que pareció que podían llegar a las manos, y Laurel, que se interpuso entre ambos, recibió un golpe accidentalmente y cayó al suelo. Ella afirmaba que el pelo se le había puesto blanco

como consecuencia de toda la tensión que había tenido que soportar en la infancia.

—No puedes ni imaginártelo —decía, y lo cierto era que él no podía.

Los padres de Edward habían aguantado; su pasión inicial se había metamorfoseado en algo menos intenso pero duradero, un *soufflé* que se había ido desplomando hasta transformarse en una reconfortante sopa de diario. Estaban tan deslumbrados por Laurel como Edward, y habrían vuelto a hipotecar su casa de Elmont si con ello hubieran podido comprarle la felicidad a Laurel, y por lo tanto a su hijo. Al final solo tuvieron que tirar de su fondo de pensiones para poder hacer frente a la parte del león de los gastos de la boda.

Edward juró que se lo devolvería algún día. La familia de la novia no aportó nada; el dinero, que habían despilfarrado y perdido, siempre había sido uno de los múltiples motivos de pelea entre los Arquette y seguía siéndolo. Laurel se había distanciado de ambos y sólo los invitó a la boda porque Edward se lo rogó.

Edward no quería casarse por la iglesia, ya que oscilaba entre el ateísmo y el agnosticismo, entre la ciencia y lo desconocido. Pero Laurel, que en realidad tampoco creía, insistió en que más valía no jugársela. Cuando la organización empezó a escapárseles de las manos, discutieron.

—No te importa lo que yo quiero —lo acusó ella de forma injusta en el ambiente dulcemente sofocante y refrigerado de la floristería.

Ella quería un vestido de diseño y un servicio de mesa de primera. Quería poner unas pequeñas orquídeas amarillas moteadas, recogidas en un centro cubierto de musgo de alguna jungla, en cada una de las mesas del Salón del Arcoíris, y había demasiadas mesas. ¿Cómo podía quejarse de que se sentía aislada y al mismo tiempo tener una lista de ciento cincuenta amigos a los que había que invitar? Él solo conocía a algunos de ellos.

Edward le contestó:

—Tú ni siquiera sabes lo que quieres de verdad.

Pero al final cedió en todo, perversamente satisfecho de que ella pareciera más enfadada que herida por sus negativas. La vida ya la había herido bastante. Él deseaba protegerla y defenderla, incluso antes de que hicieran sus votos en público, para proporcionarle toda la felicidad de la que en el pasado se había visto privada. Y aunque no era nada ingenuo al respecto —al fin y al cabo, su asignatura era Biología—, parecía que la excitación que sentían no se fuera a acabar nunca.

Una semana antes de la boda, estaban acostados, sumidos en su habitual sopor de después del sexo. Edward seguía fascinado por el cuerpo de ella, por las maneras espontáneas y novedosas que tenía de usarlo, por su apariencia: aquellos pequeños pechos, tiernos como si acabaran de brotar; la suave y sorprendentemente oscura mata de pelo de su pubis. Recordó algunas palabras de Anatomía Humana 101, que parecían cobrar un nuevo sentido. *Escapular. Clavícula*. Ella se apartó de él, dándose la vuelta, y, en vez de susurrarle con voz ronca «Je t'aime» u «Otra vez, por favor», como era su costumbre, le dijo:

—Una vez ya estuve a punto de casarme, ¿sabes?

Él no lo sabía; nunca se lo había mencionado. El pulso de su corazón estaba empezando a bajar, y deseó que ella no se diera cuenta de con cuánta fuerza comenzaba a latirle contra la curva de su columna vertebral.

—¿Con David? —preguntó con toda la indiferencia que fue capaz de fingir.

David había sido su anterior novio. Ella y Edward, tras declararse su amor el uno al otro, se habían contado sus historias románticas. Se trataba de un ritual íntimo que era doloroso pero necesario, según había dicho Laurel. Y todo aquel que formaba parte de su pasado, así como del de él, parecía efímero, en cualquier caso, como gente que hubiera aparecido en un sueño.

—No —dijo ella, con una voz ligeramente amortiguada por la almohada—. Con Joe.

—¿Joe? ¿Quién es Joe? —dijo Edward.

—El tipo ese, Joe Ettliger. Antes de estar con David.

—¿Te lo estás inventando? —preguntó él.

—Lo siento. Tendría que habértelo contado.

—Sí. Tendrías que habérmelo contado.

—Lo siento —volvió a decir ella, ahora con menos convicción.

—¿Qué pasó? —preguntó él.

—Discutíamos.

—¿Sobre qué? —dijo Edward, pensando que sería sobre extrañas orquídeas y cristalerías brillantes.

—Por cualquier cosa, la verdad es que no me acuerdo. Simplemente nos desenamoramos.

Él no podía imaginarse algo así, dejar de estar enamorado, como una filmación de alguien que se tira a la piscina proyectada hacia atrás.

—¿Para siempre? —dijo.

—Sí, claro —contestó ella después de un largo silencio—. Ya casi estoy dormida —dijo luego—. Vamos a dejar de hablar, ¿vale?

Pese a aquella conversación cautelara, se quedó muy sorprendido cuando Laurel no se presentó en la iglesia el sábado siguiente. La estuvo esperando en la sacristía durante lo que parecieron años pero en realidad fueron menos de dos horas. Misteriosamente, ella había decidido pasar la noche anterior en casa de su madre, lo cual a Edward le pareció un buen augurio. ¡Paz en la tierra, mis mejores deseos para todos!

Y ahí estaban la madre de ella y la suya, sentadas en la primera fila, a los dos lados del pasillo cubierto de satén, las dos hermanadas por sus sofisticados sombreros, sus largos guantes y sus ramilletes temblorosos. Pero la señora Arquette, cuando le preguntaron más tarde, dijo que

no había visto a Laurel ni había hablado con ella desde hacía semanas.

Edward entró en una fase de hibernación emocional tras el abandono de Laurel, y mantenía a raya todos los gestos de apoyo porque le hacían sentirse avergonzado y dolido —como si alguien le tocara la piel febril— y logró controlar la angustiada sensación de haber sufrido una desgracia. Por lo menos, Laurel había dejado Fenton, además de a él. Se decía a sí mismo una y otra vez que lo superaría; no se trataba de una muerte, aunque eso fuera lo que sentía.

Resultó ser cierto. Poco a poco, comenzó a recuperarse, a volver a ver el mundo sin ella como un lugar interesante, incluso a tener algunas citas. Parecía haber mujeres disponibles y atractivas por todas partes. Y entonces se convirtió en un soltero, expresión que no tenía nada que ver con el eufemismo que la gente empleaba, en otro tiempo, para los homosexuales como Lewis, el tío de Edward. Todo el mundo se refería a Lewis, que era hermano de su madre, como un soltero «empedernido», un hombre que realmente adoraba a las mujeres pero que nadie podía cazar. A Lewis lo llamaban para que acompañara a las primas feas a los bailes de graduación del instituto, y más adelante para escoltar a las tías viudas o solteronas, pero nunca había presentado al amor de su vida a nadie de la familia.

Edward, por el contrario, solía jugar a varias bandas. Cuando una relación amenazaba con volverse seria, era él quien decidía separarse. Y al final tiró a la basura la carta que Laurel le había enviado desde Tucson, en la que le contaba que se había encontrado por casualidad con Joe Ettlinger, le hablaba de las dudas y los miedos que había estado reprimiendo y mencionaba que su sexto sentido le había dicho algo sobre la falta de compromiso de Edward.

Tal vez ella tuviera razón; tal vez solo hubiera estado engañándose a sí mismo. Él le había pillado varias

mentirijillas sin demasiada importancia durante su noviazgo, y las había atribuido a su carácter nervioso, negándose a considerar la dependencia de ella o sus cambios de humor como algo patológico. Y había sabido desde el principio que el pelo prematuramente blanco solía deberse a una tendencia genética o a un desequilibrio hormonal que hace que disminuya la melanina, pero había perdonado todas sus fantasías e incluso había participado de forma activa en ellas, dejando que el deseo venciera a la ciencia e incluso al sentido común. Nunca volvió a ser tan confiado ni romántico hasta que conoció a Bee.

3. El principio

Ella no era su tipo; se dio cuenta de inmediato. Incluso después de todo el tiempo que había transcurrido —¡casi quince años!— y de cuán terriblemente lo había herido y humillado Laurel, su ex seguía siendo el ideal de belleza de Edward. Él lo atribuía a alguna cuestión mental, a una imaginería primordial que escapaba a su control. Beatrice Silver tenía los pechos grandes y el pelo rizado y castaño; sus caderas, como su sonrisa, eran un poco demasiado anchas. La maternidad debía de haber alterado su figura, desde luego. Estaba bailando el chachachá con su hijita —esa fue la primera imagen que tuvo de ella— en el banquete nupcial de una amiga común, Sue Cooper, compañera de trabajo de Edward y antigua vecina de Bee. A Sue, célebre casamentera, nunca se le había ocurrido presentarlos.

Un día, Bee confesó que lo suyo con Edward tampoco había sido un flechazo. Él le había parecido demasiado distante, demasiado *patricio*, apartado de esa manera en el límite de la pista de baile, con las manos en los bolsillos. Apuesto, admitió, como esos protagonistas displicentes de Fitzgerald. Pero no lo bastante apasionado, como su guapísimo, moreno y despreciable exmarido, de quien se había divorciado hacía poco tiempo. No más hombres, pensaba. ¡Chachachá!

A Edward todavía no le gustaba ir a bodas. Conscientemente, ya no sentía nada por Laurel, ni siquiera un poso de enfado o de deseo, pero todo el montaje de votos solemnes y brindis extravagantes —la pompa y el boato— siempre lo hacía querer estar en otra parte. Y, para colmo,

aquella era una boda judía. En cierto momento de la ceremonia, levantaron a la novia y al novio en unas sillas que se inclinaban, temblorosas, por encima del cántico de la multitud, con los novios unidos tan solo por un breve pañuelo de seda, y su reciente unión, e incluso sus vidas, ya parecían en peligro.

Después vinieron unos bailes colectivos, rápidos y salvajes, inspirados por los penetrantes y alegres gritos de los clarinetes. La verdad es que no era un plato de gusto para Edward, aunque por algún motivo los ojos se le llenaron de lágrimas mientras los bailarines aumentaban la velocidad de la danza, más y más, al ritmo de la música, como los caballos de un tiovivo. Y en ese momento lo cogieron de la mano y lo arrastraron hacia la vorágine antes de que pudiera protestar. No, en realidad sí que protestó: solo estaba mirando, no se sabía los pasos, pero ¿quién podía oírlo en medio de aquel ruido exultante? Para entonces, ya le habían tomado las dos manos; una de ellas, la niña a la que había visto bailando con su madre, y la otra, una mujer mayor con un vivaz sombrero rojo, una especie de fez asimétrico, que disfrutaba como una corista. Las dos lo tenían atrapado como si les perteneciera, a Julie y a su abuela, Gladys, como sucedería con el tiempo.

A Edward le gustaban los niños: su curiosidad natural, lo divertidos e intuitivos que podían llegar a ser, la flexibilidad y el potencial de sus mentes. Dar clases nunca le había aburrido, aunque una gran parte del plan de estudios apenas cambiaba. Podría haber tenido hijos si se hubiera casado cuando era más joven —aunque a Laurel no le entusiasmaba mucho la idea— pero ahora que había rebasado los cuarenta, ya no tenía tantas ganas. Por lo menos su hermana, Catherine, y su marido, Jim, que vivían en San Diego, habían hecho abuelos a su madre y a su padre.

Y los niños de Bee —eran dos, descubrió poco después— no hicieron que lamentara de inmediato el he-

cho de no tener hijos. El chico, Nick, que Edward calculó que tendría unos doce años, estaba sentado en la mesa para niños, que casi todos ya habían abandonado y que se encontraba en el salón principal. Julie, que no había renunciado a la mano de Edward después de que el frenético baile de la Hora al fin se acabara, lo arrastró en esa dirección; podría haberse tratado de una fase más de la danza.

—Este es mi hermano —anunció, como una profesora en miniatura alardeando de un cuadro premiado.

Nick, con los faldones de la camisa medio salidos de los pantalones y los dientes repletos de metal, no le hizo ningún caso. Andaba muy ocupado bombardeando a otro chico, sentado enfrente de él, con bolitas del *challah* ceremonial, que rápidamente volvían volando por el aire. Toda la mesa parecía arrasada por una pequeña guerra. Una silla estaba tirada en el suelo. Se habían derramado algunas coca-colas, las flores del centro de mesa se hallaban decapitadas y había trozos de comida por todo el mantel de tela rosa, lleno de manchas, aunque se diría que algunos platos nadie los hubiera tocado.

La banda interpretaba ahora una canción lenta y romántica, «Bésame mucho». *Quiero tenerte muy cerca, mirarme en tus ojos, verte junto a mí.* Una de las preferidas de Laurel, se acordó; ¿todavía tocaban eso? Con mucha delicadeza, se libró de la mano de la niña, que seguía apretando la suya; ella abrió la boca, decepcionada. Dios, ¿acaso esperaba que bailara una lenta con ella? ¿Que la adoptara?

Pero su madre vino a rescatarlo; se acercó y le dijo a Julie que le trajera a la abuela un plato de galletas de la mesa de los postres. La niña le echó una mirada triste a Edward y salió corriendo. Muy agradecido, y aprovechando que ella ya estaba meciéndose al compás de la música, le preguntó a Bee si quería bailar.

—No te preocupes por ella —le dijo a Edward, volviéndose hacia él—. La has pillado despechada.

Él no le preguntó qué había querido decir. No fue hasta su primera cita cuando se enteró de que el padre de Julie los había abandonado, de que Bee trabajaba de terapeuta en un centro público de salud mental y de las dificultades que se le planteaban por tener que criar a dos niños sola. Entonces él también se abrió ante ella y le contó la historia de su vida, con una franqueza y una espontaneidad que no eran habituales.

Pero no dijeron nada más mientras bailaban y bailaban en la boda, siguiendo el ritmo de la banda, que iba pasando sin pausa de una balada a otra. Bee parecía sorprendentemente ligera en los brazos de Edward. Tenía una cara resplandeciente y su pelo desprendía un olor terroso, húmedo y dulce, como de geranios, pensó él, o como si acabara de mojarse en la lluvia. Aquel fue el principio, sin final a la vista: una niñita necesitada, un chico maleducado y una mujer cuyas caderas generosas y bamboleantes pronto mecerían a Edward en la cama.

Su propia boda, relativamente pequeña y tranquila, siete meses después de conocerse, tuvo lugar en el jardín de sus mejores amigos, los Morganstern, bajo una fronda de glicinias. Edward ya había renunciado a su piso de soltero en Manhattan y se había mudado a la casa estilo Tudor que Bee tenía en Larkspur Lane, en Englewood. Le daba la impresión de que de un día para otro se había convertido en marido y padrastro, había empezado a vivir en un barrio residencial, tenía una hipoteca, se había vuelto ornitólogo e iba al trabajo en el tren de cercanías. Nunca en la vida había sido tan feliz.

4. El mensajero

Bee había sacado el tema de los grupos de apoyo para viudos mucho antes de que tomaran verdadera conciencia de su mortalidad, en la época en que todavía decían cosas como «si alguna vez me pasa algo» en vez de «si me muero yo primero». En un chiste que entonces se hizo célebre, una mujer le dice a su marido: «Si a alguno de los dos le pasara algo, me iría a vivir a Florida».

Después, una noche en la cama, sin venir a cuento, Bee le dijo a Edward que pensaba que él no sería capaz de lamentar adecuadamente la muerte de ella. Fingió sentirse ofendido.

—Qué dices. Lloraría sin parar —dijo.

—Bueno, puede ser —admitió ella—. Te he pillado lloriqueando con películas malas. Pero eres tan reservado que esperarías hasta quedarte solo y no dejarías que nadie te consolara. No eres solo tú, todos los hombres sois así. Tenéis los genitales por fuera y los sentimientos por dentro, justo al revés que las mujeres.

—*Vive la différence* —replicó, abrazándola.

Pero ella se apartó.

—Probablemente tendrías que ir a uno de esos grupos de apoyo para viudos.

—Odio los grupos —dijo él—. Salvo los Beatles y las Supremes.

—Edward, te lo estoy diciendo en serio —dijo ella.

¿Por qué estaban hablando de aquello? Tal vez fuera solo por la costumbre de ayudar que tenía ella, una inercia que procedía de su trabajo con familias con problemas en el centro de salud. Pero ellos no tenían problemas.

Solo hacía un momento que las piernas tibias de Bee se hallaban agradablemente enredadas en las de él mientras leían los libros que ahora estaban en el suelo, al lado de la cama, con los marcapáginas puestos para la noche siguiente. Antes habían disfrutado de una cena especialmente rica con un Cabernet muy bueno y, como los dos niños se habían quedado a dormir fuera, incluso habían hecho el amor en el salón antes de recoger la mesa. Él no iba a permitir aquel desagradable cambio de estado de ánimo.

—Vamos a ver —dijo él—. Yo me iré antes; primero la edad, después la belleza, etcétera. Y tú podrás llorarme todo lo que te apetezca.

Estaba a punto de dormirse cuando ella había empezado aquella estúpida conversación, y la concluyó apagando su lámpara y dándole un beso de buenas noches. Pero se quedó despierto en la oscuridad durante un buen rato.

Se sentían felices, incluso hechizados, y sus amigos también. Los años fueron pasando y los padres de Edward y el padre de Bee perecieron debido a la enfermedad o a la vejez, mientras que ellos eran indestructibles. Después, una pareja de su entorno, un matrimonio de hacía mucho tiempo, murió de repente en un accidente de coche. Los primeros del grupo que se iban, como si hubieran inventado la muerte del mismo modo que en otra época habían inventado el amor.

El encantamiento se había roto. Menos de un año después, otros dos amigos murieron, uno detrás del otro. ¡Corazón! ¡Cáncer! Cuando iba conduciendo de vuelta a casa, tras el segundo de los funerales, Bee dijo:

—Nuestro círculo es cada vez más pequeño. Pronto solo será un semicírculo.

—Y después una coma —añadió Edward. Se miraron sonriendo, en un ataque de alegría que hizo que se sintieran culpables.

Pero aquellas muertes parecían trágicas anomalías en lugar del curso natural de las cosas. Tanto Bee como Edward seguían trabajando; ella tenía cincuenta y siete años, y él sesenta y dos. Su vida sexual era más intensa de lo que nadie, incluidos ellos mismos, hubiera podido imaginar. Y la madre de ella estaba viva y en plenas facultades, lo cual preservaba el estatus de Bee como niña de alguien. Estaban solo al comienzo del otoño de sus vidas y, a pesar de la tristeza que sentían, todavía podían reírse nerviosamente de las desgracias de sus amigos.

Poco después, cuando les dieron el diagnóstico y el pronóstico de Bee en lo que sonó como un entrecortado párrafo del Manual Merck sobre la muerte leído en voz alta —«Páncreas. Metástasis. Fase cuatro. Meses»—, ella y Edward se pusieron tensos pero no llegaron a creérselo hasta que recibieron una segunda opinión idéntica. Se tumbaron, los dos despiertos y juntos, en una amenazadora oscuridad. Ella murmuró:

—Dios —y después—: Vaya. Esto no parece real, ¿verdad?

Y Edward la abrazó y dijo:

—No, no, claro que no.

Pero a él le parecía real de un modo sumamente impactante. Podía representarse la división descontrolada de las células de ella como si las estuviera viendo a través de la lente de su microscopio. Su esposa estaba ahí en sus brazos, en su cama, y él ya podía imaginar su ausencia en cada una de las habitaciones de la casa. Recordó con horror cuando Nick estaba leyendo *Hamlet*, en el instituto, y en la cena se había puesto a recitar «To Bee or not to Bee», y cómo todos se habían reído a carcajadas. A Julie, a la pobre Julie, se le había metido un poco de leche en la nariz y había tenido que irse de la mesa. ¿Cómo iban a decírselo?

Al final Edward lo tuvo que hacer solo, después de que Bee se lo suplicara.

—No puedo. Por favor. Ahora no —le había dicho, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Así que había llamado a Julie, que vivía en un piso compartido en el antiguo barrio de él, en la ciudad, y la había citado esa noche en la casa de Nick y Amanda, que estaba a unos pocos kilómetros de la suya. Por teléfono había avisado a todos de que tenía que decirles algo en persona.

—¿Qué? ¿Qué es? —preguntó Nick.

—¿Qué es? —repitió ansiosamente Amanda por la otra extensión. Con frecuencia hablaban así, en estéreo, con Edward y Bee.

—Esperad hasta que llegue, ¿vale? —dijo Edward, tratando de disimular lo que tenía que decirles. Pero no podía evitarlo: su tono de voz era plano y sombrío.

Julie gritó:

—No iréis a separaros, ¿verdad?

Tenía cinco años cuando se marchó su padre, y se lo había tomado peor que nadie, según Bee.

—No, nunca —dijo Edward, y el gran suspiro de alivio que soltó ella le destrozó el corazón. Por lo menos, se consoló, al hijo que él y Bee habían querido y no habían podido tener juntos no habría que contárselo.

Todos lloraron aquella noche salvo Edward. Como esos soldados a los que envían para llevar noticias terribles a las familias, su misión era informar y dar consuelo sin derrumbarse. Bee se había equivocado cuando dijo que necesitaría un grupo de apoyo para viudos; si podía pasar por aquello solo, podría pasar por cualquier cosa. Pronto incluso podría decírselo a Gladys, aunque en secreto deseaba que ella se muriera mientras dormía antes de que llegara ese momento, o que «perdiera la chaveta», cosa que siempre estaba amenazando que ocurriría.

El peor momento fue cuando Julie balbuceó «Mamá, mamá»; sonó quejumbrosa como una oveja separada del rebaño. O tal vez fuera cuando Nick insistió en pre-

guntar, angustiosamente esperanzado, por tratamientos alternativos o pruebas experimentales. Edward había estado buscando en diversas páginas web de medicina en mitad de la noche, cuando Bee por fin se había dormido, tratando de encontrar algún milagro a pesar de todo lo que sabía. Él también había llorado a solas, justo como ella había predicho, en el espacio sagrado de su laboratorio del sótano, o en la ducha, donde antes solía cantar canciones a voz en cuello siguiendo el animado ritmo que marcaba el agua.

De camino a casa, tras hablar con los niños, se puso a dar golpes en el volante y a gemir y a gritar con las ventanillas del coche subidas. Pero pudo recomponerse antes de llegar a su hogar; Bee, con Bingo a su lado como un centinela, le estaba esperando en la entrada.

Tal vez, pensó más tarde, lo peor hubiera sido el exagerado silencio de Amanda, y la manera en que había agarrado la mano de Nick, como para conservarlo junto a ella, respirando, para siempre.

Sobre la autora

Hilma Wolitzer nació en Brooklyn en 1930. Se considera a sí misma una escritora tardía ya que publicó su primer relato cuando rondaba la treintena y se inició en la novela, con *Ending* (*Hacia el final*, 1978) a los cuarenta y cuatro años. Desde entonces ha escrito numerosas novelas, entre las que se encuentran *Summer Reading*, *The Doctor's Daughter*, *Hearts* (*Corazones*, 1982) o *Tunnel of Love*. Ha enseñado escritura creativa en el Bread Loaf Writers Conference, The Iowa Writer's Workshop (donde tuvo como alumno a Michael Cunningham) y en las universidades de Iowa, Columbia y Nueva York. En 1981 recibió el premio de Literatura de la American Academy of Arts & Letters y en 1997 el Barnes & Noble Writers for Writers Award. También fue becada por instituciones como la Guggenheim Foundation, la National Education Association y la Woodrow Wilson Foundation. Actualmente reside entre Nueva York y Long Island. *Un hombre disponible* es su decimocuarto libro publicado.

Índice

1. De debajo de las piedras	9
2. La época de soltero	15
3. El principio	23
4. El mensajero	27
5. Lecciones sobre la muerte	33
6. Un hombre extra	41
7. La tristeza de estar acompañado	49
8. El monstruo del sótano	57
9. Hombre de ciencia	63
10. Citas después de la muerte	69
11. Cartas de amor	77
12. La primera cita	83
13. Lo que hice en las vacaciones de verano	91
14. Humo y espejos	99
15. Pautas de evolución	107
16. Segunda cita	115
17. Lo que quieren las mujeres	123
18. Dos llamadas de teléfono	127
19. Tercera cita, aplazada	133
20. Tercera cita, conseguida	139
21. Un experimento noble	147
22. Cuarta cita: otra oportunidad	153
23. Revancha	159
24. El <i>DSM</i>	165
25. Llamadas anónimas	171
26. La reencarnación	177
27. Plata y oro	185

28. Un hombre no disponible	191
29. Terapia	197
30. El sueño	203
31. El día siguiente	209
32. La vida real	215
33. Vidas separadas	221
34. Tarde	227
35. Comida casera	233
36. El unicornio en cautividad	239
37. La organización para dormir	247
38. Perdido y encontrado	255
39. La forma en que vivimos ahora	261
40. La pieza que faltaba	267
41. Una maravilla	273
42. Mentiras en la cama	281
43. Asuntos personales urgentes	287
44. Mi antigua pasión	293
45. El Edén	299
46. Después de la catástrofe	305
47. Quinta cita	311
48. El sello de la aprobación	317
49. El futuro	327
50. Coda	333
Agradecimientos	337
Sobre la autora	339